

MENSAJE A LAS VIII JORNADAS LASCASIANAS

Rigoberta MENCHÚ TUM*

Quiero, en primer lugar, expresar mi satisfacción porque las VIII Jornadas Lascasianas se desarrollen en territorio guatemalteco. Los nuevos espacios que se han venido abriendo en el país, como consecuencia de la lucha incansable de los sectores sociales comprometidos con la democracia, la paz, la justicia y el progreso, a pesar de la acción de grupos pequeños, pero con mucho poder, empeñados en que en Guatemala no renazca la esperanza, brindan un marco adecuado para que nuestra tierra sea hoy escenario de un evento tan importante y trascendente como éste.

Una sola mirada al listado de organizaciones e instituciones que con su contribución desinteresada han hecho posibles estas VIII Jornadas, es una muestra del creciente interés que despierta la necesidad de construir naciones democráticas en las que la identidad nacional se arraigue profundamente en *la diversidad cultural*.

Los países de nuestra América son depositarios en distinto grado, cada uno de ellos, de una riqueza invaluable que estamos obligados a convertir en uno de los pilares fundamentales de la democracia, la paz y de nuestro desarrollo con justicia social: la diversidad cultural.

Esta diversidad cultural no se puede negar. Existe, es una realidad. Lo que no existe, hasta hoy, es un marco propicio para que las distintas culturas puedan acceder al desarrollo integral, individual y colectivo. Para esto es necesario que el reconocimiento y respeto de los derechos de los pueblos indígenas y de otros pueblos originarios, marginados, discriminados y oprimidos, derechos negados hasta hoy, trasciendan el discurso y las declaraciones de buena intención.

En el marco de los acuerdos de paz, se ha reconocido el carácter multiétnico, pluricultural y multilingüe de Guatemala. Pero construir una nación en la que el ejercicio de los derechos políticos, económicos, sociales y culturales de todos los pueblos que convivimos en este territorio sea

* Premio Nobel de la Paz; embajada de Buena Voluntad de UNESCO.

una realidad, es una tarea de largo plazo; es un camino que se nos presenta cuesta arriba.

En Guatemala, a pesar de los Acuerdos de Paz, todavía existe, hasta nuestros días, una cultura que domina el quehacer político, económico y social del país. Los sectores de poder se resisten a la posibilidad de la interculturalidad, se resisten y niegan la necesidad de una nueva nación. ¿Qué pasará en otros países de nuestra América en los que el reconocimiento y respeto de los derechos de los pueblos indígenas y otros pueblos originarios no ocupan ningún lugar en la agenda nacional?

Siempre he dicho que si comparamos el clima que prevalece en el ámbito internacional, en función del apoyo a los derechos de los pueblos indígenas y originarios, si lo comparamos con lo que acontece en el ámbito nacional, en cada país de nuestra América, encontraremos una enorme diferencia.

Mientras que en organismos internacionales como Naciones Unidas se ha generado una corriente, aunque todavía con ciertas reservas y temores, que tiende a favorecer el reconocimiento y respeto de nuestros derechos, a nivel nacional la situación y condiciones de vida de los pueblos indígenas continúan en el mismo estado o incluso se han agravado. No es necesario hablar de lo que ocurre en Brasil, en Bolivia, en Chiapas o aquí en Guatemala para corroborar que a los pueblos indígenas nos queda un largo camino por recorrer, con inmensos obstáculos y amenazas permanentes para lograr uno de nuestros anhelos más grandes: la igualdad de las relaciones entre indígenas y no indígenas; la igualdad de las relaciones entre las distintas culturales como base fundamental para construir un mundo más humano y como una condición ineludible para la supervivencia de la humanidad.

Es necesario democratizar las relaciones interculturales; es indispensable que las llamadas relaciones interétnicas se despojen de esa asimetría que las sigue caracterizando y que van en detrimento de los pueblos indígenas y originarios, en detrimento de todos aquellos pueblos que siguen siendo marginados, excluidos y oprimidos.

Ese es un reto, es una utopía, quizá la nueva utopía cada vez más evidente en este momento de transición entre milenios. Me parece que el esfuerzo de todos debiera estar orientado hacia ese camino.

Por eso siempre he estado convencida de la enorme significación y trascendencia que tienen las Jornadas Lascasianas. Los aportes de todos los que han participado en ellas y de los que participan en éstas que dan

inicio el día de hoy son de incalculable valor, el conocimiento de la realidad de nuestros pueblos es indispensable para trazar los rumbos del futuro.

Quiero terminar deseándoles éxito en sus trabajos, en sus deliberaciones, profundamente convencida que los resultados que obtengan, contribuirán grandemente al futuro de nuestros pueblos.

Turín, 25 de mayo de 1998